

Trabajo de investigación.

De Proust a Houellebecq: representaciones del amor en la sociedad (pos)moderna.

Fernando Agustín Urrutia.

Cita:

Fernando Agustín Urrutia (2017). *De Proust a Houellebecq: representaciones del amor en la sociedad (pos)moderna*. Trabajo de investigación.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/fernando.agustin.urrutia/13>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ph2p/xtU>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

DE PROUST A HOUELLEBECQ: REPRESENTACIONES DEL AMOR EN LA SOCIEDAD (POS)MODERNA

Fernando Agustín Urrutia (FaHCE-UNLP)
Urrutiafernando4994@gmail.com

“Advierte, Sancho –dijo don Quijote-, que el amor ni mira respetos ni guarda términos de razón en sus discursos, y tiene la misma condición que la muerte: que así acomete a los altos alcázares de los reyes como las humildes chozas de los pastores, y cuando toma entera posesión de una alma, lo primero que hace es quitarle el temor y la vergüenza.”
Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Y el no ser, por amar, será mi gloria.
Francisco de Quevedo

Ser amado por lo que se es constituye la gran excepción. La gran mayoría ama en otro ser solo lo que le presta, su propia versión de él.
Goethe.

El corazón no conoce la soledad. Fourier

No, no me es posible decirles cuántas dulces sensaciones, cuánta embriaguez del corazón, cuánta beatitud y locura hay en el amor.
Gustave Flaubert, *Memorias de un loco*.

Soy hombre que no puede vivir sin cariño. Es para mí tan necesario como el aire. Sin él me asfixio, me muero. Allí donde lo encuentro, armo mi tienda y allí me quedo.
Benito Pérez Galdós, *La de Bringas*.

El amor de un ser humano hacia otro: esto sea quizás lo más difícil que nos haya sido encomendado. Lo último, la prueba suprema, la tarea final ante la cual todas las demás tareas son una preparación.
Rainer María Rilke.

Pero el amor no pudo resistir los fríos que vinieron. Bertolt Brecht

El amor es el alimento y como la atmósfera del genio. Las emociones extraordinarias engendran las obras sublimes.
Gustave Flaubert, *La educación sentimental*

A lo largo de los siglos, el amor ha conformado un tópico ineludible en la historia del pensamiento y las ideas. La ciencia, la religión, la filosofía y el arte han indagado, utilizado y explotado el amor (muchas veces a niveles inauditos, cercanos a la ridiculez) como un tema que siempre ha despertado interés y curiosidad, aunque sin nunca llegar a conocer, en verdad, a qué se debe ese estado que parece ya indisociable de la condición humana, pues nadie ha osado afirmar y justificar debidamente que el amor no existe. A pesar de que la ciencia ha hallado respuestas prometedoras que explican su funcionamiento en el plano físico y hormonal, la pregunta que aún yace suspendida en el aire es qué motor sordo y silencioso moviliza ese flujo de endorfinas, un poco siguiendo el planteo de Blaise Pascal en el fragmento 192 de sus *Pensamientos*, dirigido explícitamente contra Descartes: “Es preciso decir en grueso: ‘Esto se hace por figura y movimiento’, porque es verdad. Pero decir cuáles y componer la máquina, esto es ridículo; porque esto es inútil, incierto y penoso”¹ En efecto: ¿qué tipo de maquinaria, qué tipo de energía, de voluntad mantiene en movimiento y renovación constante a esa inmensidad de átomos? ¿Qué los impulsa a seguir existiendo, de la forma lógica en que lo hacen, y en la ilógica simetría en que se conforman? Y en referencia a nuestro tema: ¿Qué arrastra al ser humano a sentir algo tan controvertido como el amor? Ser ateo no significa necesariamente ser materialista... Sin embargo, lejos de refutar a la ciencia, y, por el contrario, buscando complementarse a ella, la filosofía y el arte (sobre todo esta última, pues a pesar de ser caras indisociables de una misma moneda, el arte es el gran recipiente donde se licúan todos los saberes, incluso los que carecen de toda nominación racional) se han propuesto dilucidar casi sin pausa ese misterio inasible que mueve los engranajes que constituyen el ser, las cosas, los sentimientos, la vida y, por extensión, el amor. En la literatura, particularmente, y a lo largo de la historia, se ha tratado el amor acorde siempre a los diferentes climas de época, a los diversos paradigmas que guiaban a los sujetos en el campo tanto social, moral e histórico como emocional. Pero las arenas del tiempo no se detienen en su perpetua erosión y fluctuación de todo lo dado, y el amor no está exento de este proceso: si cambian las estructuras que organizan el mundo sensible de los hombres, mutan, a su vez, las diferentes nociones del amor que la sociedad y sus agentes crean. Si la concepción del amor durante la modernidad fue impuesta por el arte, la filosofía y la religión, en la posmodernidad lo es

¹ Pascal, Blaise. *Pensamientos*. Buenos Aires, Orbis, 1984, p. 77

por el materialismo lógico, es decir, la industria cultural. No obstante, el bienestar, el deseo, la posesión, el llanto, el sufrimiento, la desolación, el lente refractado que se impone sobre los ojos del enamorado permanecen constantes, pues son el conjunto de manifestaciones metafísicas que constituyen el acto de amar, independientes del tiempo y los mecanismos de control, pero no de la predisposición social e individual frente al amor, es decir, su aceptación como un modo de experiencia de vida.

De este modo, nuestro trabajo se centrará, entonces, en una comparación de los modos en que el amor se hace visible en el arte según la visión generalizada que una sociedad o, mejor, una época tiene respecto a él. En este sentido, analizaremos las formas de representación del amor en las novelas de Marcel Proust y, en especial, de Michel Houellebecq²: el primero yace inmerso en los tramos fuertes pero ya finales de la modernidad, el segundo en el estricto presente posmoderno. Así, tomaremos las obras como dos manifestaciones puramente literarias del amor enfocado según la óptica propia de cada era. Proust retrata la sociedad burguesa y aristocrática de principios de siglo, pero los valores éticos y filosóficos que construye mediante sus personajes trascienden ampliamente las fronteras de clase: son un conjunto de experiencias y modos de sentir propios de su tiempo y que tendían a ser universales, ya que en *En busca del tiempo perdido*, el ser se manifiesta tal como era antes de la posmodernidad: cuando aún prevalecían los valores humanos “tradicionales”, de raíces fundamentalmente filosóficas y judeo-cristianas, y sus emociones metafísicas correspondientes: el amor como una idealización individual y ficticia del ser amado, como una experiencia frente a la nada; el deseo como una unión del individuo con lo universal y como anhelo de conocimiento (que en los personajes de Proust

² Michel Houellebecq es uno de los escritores más leídos y polémicos de la literatura en lengua francesa actual. Desde la publicación de su primera novela, *Ampliación del campo de batalla* (1994), Houellebecq supo darse a conocer gracias al fuerte contenido social y filosófico que contienen sus obras: críticas a la posmodernidad, a la sociedad de consumo, la liberación sexual, el vacío metafísico, entre otros. La totalidad de estos temas son tratados desde una narrativa que ha sido adjetivada con términos como combativa, controversial y lacerante, pero que posee también un incuestionable valor literario, lo que le permitió al autor acomodarse en los podios más prestigiosos de la literatura a nivel mundial, aun cuando la polémica en torno a sus declaraciones islamofóbicas opacó su imagen y desvió el foco de la crítica hacia la construcción de la figura pública de Houellebecq (que alienta, con calculada manipulación de los medios masivos y de su personaje de escritor abatido y misántropo, la identificación entre su persona y los protagonistas de sus libros). De este modo, se ha dejado de lado el estudio puramente literario de sus libros, e incluso, dentro de la academia francesa, se lo ha juzgado y rechazado sin haber prestado especial atención al verdadero contenido de sus textos, lo que explica la proliferación de ensayos y tesis sobre la obra de Houellebecq en academias extranjeras, y no en su país de origen.

emergen a través del arte)³, como posesión y sufrimiento; un deseo desligado, en fin, de la búsqueda del mero placer: “El amor en ansiedad dolorosa como en el deseo feliz, es la exigencia de un todo. Sólo nace, sólo subsiste si queda una parte por conquistar. Solo se ama lo que no se posee por entero”⁴ De esta forma, si Proust, al resumir un conjunto de tradiciones en torno al amor donde “resuenan el desencuentro, la separación, el carácter ficcional de la amada, el tormento, el error, y la construcción subjetiva de un personaje”⁵, supo dar cuenta de una noción universal del amor en la modernidad, Houellebecq lo hace en la posmodernidad, donde nos encontramos con lo que la sociología moderna denominó como una “mutación sociológica global que está en curso”⁶, y que el mismo Houellebecq reformula en términos de “mutación metafísica” al comienzo de su famosa novela *Las partículas elementales*:

En la época en la que vivió Djerzinski, casi todos consideraban que la filosofía estaba desprovista de cualquier importancia práctica, incluso de objeto. En realidad, la visión del mundo adoptada con mayor frecuencia en un momento dado por los miembros de una sociedad determina su economía, su política y sus costumbres. Las mutaciones metafísicas –es decir, las transiciones radicales y globales de la visión del mundo adoptada por la mayoría- son raras en la historia de la humanidad. Como ejemplo se puede citar la aparición del cristianismo. En cuanto se produce una mutación metafísica, se desarrolla sin encontrar resistencia hasta sus últimas consecuencias. Barre sin ni siquiera prestarles atención los sistemas económicos y políticos, los juicios estéticos, las jerarquías sociales. No hay fuerza humana que pueda interrumpir su curso..., salvo la aparición de una nueva mutación metafísica.⁷

Mutación metafísica que consiste en un cambio de la noción del sujeto y su lugar frente al mundo, ya que se ha llevado a cabo un “proceso de personalización”, un vuelco hacia el individualismo que ha dado lugar a la formación de nuevas subjetividades que se han generado con la sociedad de consumo, ligada, por supuesto, al tipo de capitalismo ácido que surgió en la década del veinte en Estados Unidos, y que hoy rige en casi todo el planeta, impulsado por una lógica de mercado hasta ahora imparable. El mismo autor

³ “Desde una nueva visión, el amor se presenta como construcción ficcional del ser amado, esbozo artístico distante del conocimiento y la lógica común. Como el arte, se apoya en una base material y sensible, tiene un carácter perspectivista e hipotético, hay series de amores como series de obras, implica un giro subjetivo aunque más acentuado que el del arte. Como el arte, nos da una óptica distorsionada de la aparente realidad pragmática regida por el hábito y lo abstracto” (Moran, 2001, 16)

⁴ Proust. M. *En busca del tiempo perdido. La prisionera*. Madrid, Alianza, p. 113.

⁵ Moran, Julio. “La crisis de la concepción del amor en el arte moderno y su relación con Marcel Proust”. En: Julio Moran (comp.) *Proust más allá de Proust*. Buenos Aires, De la Campana, 2001, p. 33

⁶ Lipovetsky, Gilles. *La era del vacío*. Barcelona, Anagrama, 1986, p. 6

⁷ Houellebecq, Michel. *Las partículas elementales*. Barcelona, Anagrama, 1998, p.8

teoriza sobre este aspecto en su libro *El mundo como supermercado* (la relevancia de la cita justifica su extensión):

La progresiva numerización del funcionamiento micro sociológico, muy avanzada en EE.UU, se retrasó notablemente en Europa occidental, como demuestran, por ejemplo, las novelas de Marcel Proust. Fueron necesarios varios decenios para saldar los significados simbólicos sobreañadidos a las diferentes profesiones, ya fueran laudatorias (Iglesia, enseñanza) o peyorativos (publicidad, prostitución). Al término de este proceso de decantación, fue posible establecer una jerarquía precisa entre los estatutos sociales basándose en dos criterios numéricos simples: los ingresos anuales y el número de horas trabajadas. En el ámbito amoroso, también los parámetros del intercambio sexual habían sido tributarios durante mucho tiempo de un sistema de descripción lírica, impresionista, poco fiable. Y otra vez llegó de EE.UU la primera tentativa seria de definición de tipos. Basada en criterios simples y objetivamente verificables (edad, altura, peso, medidas cadera-cintura-pecho en las mujeres; edad, altura, peso, medidas del sexo en erección en los hombres), al principio fue popularizada a través de la industria porno, que pronto pasó el testigo a las revistas femeninas. Si bien la jerarquía económica simplificada fue objeto durante mucho tiempo de oposiciones esporádicas (movimientos a favor de la “justicia social”), la jerarquía erótica, parecía más natural, fue interiorizada rápidamente y consiguió desde el principio un amplio consenso. Desde entonces, capaces de definirse a sí mismos mediante unos pocos parámetros numéricos, liberados de las ideas del Ser que habían obstaculizado durante mucho tiempo la fluidez de sus movimientos mentales, los seres humanos occidentales –por lo menos los más jóvenes- pudieron adaptarse a los cambios tecnológicos que se producían en sus sociedades, cambios que conllevaban a su vez grandes transformaciones económicas, psicológicas y sociales.⁸

Por otro lado, en su ya clásico libro *La era del vacío*, el sociólogo francés Gilles Lipovetsky advierte que el establecimiento de esta dialéctica de consumo y su difusión exacerbada mediante los *mass media* ha producido cambios en los modos de percibir, de interpretar el tiempo y el espacio, la vida propia y la de los demás; una alteración de la subjetividad que ha generado una política individualista en los sujetos, así como la creación de una sociedad cuyos valores tradicionales fueron suplantados, según Lipovetsky, por el hedonismo y el exceso de información inútil, donde se ha generado "una nueva forma de control de los comportamientos, a la vez que una diversificación incomparable de los modos de vida, una imprecisión sistemática de la esfera privada, de las creencias y los roles [...]"⁹

De este modo, los sentimientos modernos de pertenencia a un fin colectivo, de deber político, la creencia en el progreso histórico, el hombre nuevo, la vanguardia y la

⁸ Houellebecq, Michel. *El mundo como supermercado*. Buenos Aires, Anagrama, 2011, p. 56.

⁹ Lipovetsky, Gilles. *La era del vacío*. Barcelona, Anagrama, 1986, p. 5

revolución se han degradado casi en su totalidad. Lipovetsky afirma que ya no existe algo que movilice o comprometa a los individuos en la búsqueda de sentidos universales, lo que deriva en el vacío en que se ven sumergidos los sujetos como consecuencia de una política de personalización que ha promovido el giro hacia la individualidad, la mera subjetividad, en fin, hacia el narcisismo. El vuelco de las personas hacia esta moral de culto a sí mismas, donde lo que importa es vivir rápido, el *carpe diem* en base al consumo, la celeridad, el culto al cuerpo y la sed de novedades efímeras (que el sistema se encarga de ofrecer con un vigor apabullante), trae consigo el miedo a la vejez, la ansiedad, la frustración, la engañosa indiferencia de la muerte y de la absurdidad, y el rechazo de las relaciones humanas unidas por valores sentimentales (ya que para el sujeto narcisista los propios impulsos amenazan el equilibrio interior), entre otros rasgos propios de la era capitalista. Según la tesis de Lipovetsky, el giro narcisista genera la incapacidad de experimentar algún tipo de afecto y de deseo, como consecuencia de la búsqueda constante de placer, así como el sentimiento de desesperación, oquedad y angustia que lentamente, pero sin cesar, abate contra la sociedad y los individuos de la posmodernidad. En este sentido, el mundo actual, consumista y fútil, atravesado por la velocidad y el cambio, no habilita la aparición del deseo amoroso, sino únicamente del placer. Si nos atenemos a la noción proustiana del deseo, el anhelo de posesión es una ilusión idealizada de que hay algo consistente a lo que aferrarse, una especie de estabilidad frente al absurdo donde en realidad no la hay.

La mayoría de las personas que conocemos no nos inspiran más que indiferencia; de modo que cuando en un ser depositamos grandes posibilidades de pena o de alegría para nuestro corazón, se nos figura que pertenece a otro mundo, se envuelve en poesía, convierte nuestra vida en una gran llanura donde nosotros no apreciamos más que la distancia que de él nos separa.¹⁰

Así, donde hay amor hay dolor. Pero la idealización del otro, el nacimiento del deseo, hoy se ve amenazada por el ritmo de tiempo acelerado; el flujo desenfrenado del placer no da tiempo al nacimiento del deseo, que espanta al sujeto narcisista. El hombre pierde así un ideal fundamental, de esos que aminoran un poco la agonía de vivir, ya que “sin este padecimiento amoroso, sin el dolor y el vacío fruto de las relaciones amorosas, el espíritu no conocería más que una vida mundana que lo inmovilizaría, regida solo por las

¹⁰ Proust, Marcel. *En busca del tiempo perdido. Por el camino de Swann*. Barcelona, Aguilar, 2004, p. 167.

necesidades prácticas y el peso de las costumbres.”¹¹ Padecimiento amoroso que se erige sobre un principio tan básico y real como controversial:

De todas las maneras de producirse el amor y de todos los agentes de diseminación de ese mal sagrado uno de los más eficaces es ese torbellino de agitación que nos arrastra en ciertas ocasiones. La suerte está echada, y el ser que por entonces goza de nuestra simpatía se convertirá en el ser amado. Ni siquiera es menester que nos guste tanto o más que otros. Lo que se necesitaba es que nuestra inclinación hacia él se transformara en exclusiva. Y esa condición se realiza cuando –al echarle de menos– en nosotros sentimos, no ya el deseo de buscar los placeres que su trato nos proporciona, sino la necesidad ansiosa que tiene por objeto el ser mismo, una necesidad absurda que por las leyes de este mundo es imposible de satisfacer y difícil de curar: la necesidad insensata y dolorosa de poseer a esa persona.¹²

De este modo, el amor proustiano, si ya era problemático, se vuelve imposible en la posmodernidad:

Lleva tiempo (un tiempo insoportablemente largo según los parámetros de una cultura que aborrece la procrastinación y promueve en cambio la ‘satisfacción instantánea’) sembrar, cultivar y alimentar el deseo. El deseo necesita tiempo para germinar, crecer, madurar. A medida que el ‘largo plazo’ se hace cada vez más corto, la velocidad con que madura el deseo, no obstante, se resiste con terquedad a la aceleración; el tiempo necesario para recoger los beneficios de la inversión realizada en el cultivo del deseo parece cada vez más largo, irritante, e insoportablemente largo.¹³(Bauman, 27)

De esta forma, las relaciones humanas ya no están inspiradas por el deseo sino por “las ganas”, es decir, que “siguen la pauta del consumo y sólo requieren la destreza de un consumidor promedio, moderadamente experimentado. Al igual que otros productos, la relación es para consumo inmediato [...] Primordial y fundamentalmente, es descartable. “¹⁴ Todo parece ser devorado por la lógica del mercado, situada como principal base de la vida social e individual, y que los personajes de Houellebecq observan con cierta pasividad y hartazgo: no parece existir un principio más profundo al cual aferrarse. En esta realidad, todo lleva al sufrimiento, la soledad, el desencanto y la desolación: una angustia existencial perpetua que se refuerza, principalmente, por la imposibilidad de interactuar con otros, como lo expresa el héroe de *Ampliación del campo de batalla*, la primera y muy celebrada novela del autor.

¹¹ Ferrari, Luján. “El amor como mediador: una concepción platónica en Marcel Proust”. En: Julio Moran (comp.) *Proust más allá de Proust*. Buenos Aires, De la Campana, 2001, p. 46.

¹² Proust, Marcel. *En busca del tiempo perdido. Por el camino de Swann*. Barcelona, Aguilar, 2004, p. 165.

¹³ Bauman, Zygmunt. *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Buenos Aires, Fondo de cultura económica, 2015, p. 27.

¹⁴ Bauman, Op. Cit. p. 28.

El mundo se uniformiza ante nuestros ojos; los medios de comunicación progresan; el interior de los apartamentos se enriquece con nuevos equipamientos. Las relaciones humanas se vuelven progresivamente imposibles, lo cual reduce otro tanto la cantidad de anécdotas de las que se compone una vida. Y poco a poco aparece el rostro de la muerte, en todo su esplendor. Se anuncia el tercer milenio.¹⁵

Por lo tanto, no es casual que los protagonistas de Houellebecq estén degradados sentimentalmente: son asexuados, incapaces de experimentar algún tipo de emoción o real interés por algo. Son sujetos devorados por el proceso de personalización y el fracaso sexual: son el residuo de una sociedad que parece aplastar a quienes no se adaptan a ella, donde para ellos la felicidad no es posible, nunca se manifiesta, o está reservada a unos pocos. Este fenómeno de exclusión, según el autor, es la réplica del sistema económico neoliberal que se ha extendido, mediante la competencia individual, al plano privado, penetrando en el ámbito de la sexualidad, la cual funciona como un auténtico sistema de jerarquía social:

Definitivamente, me decía, no hay duda de que en nuestra sociedad el sexo representa un segundo sistema de diferenciación, con completa independencia del dinero; y se comporta como un sistema de diferenciación tan implacable, al menos, como éste. Por otra parte, los efectos de ambos sistemas son estrictamente equivalentes. Igual que el liberalismo económico desenfrenado, y por motivos análogos, el liberalismo sexual produce fenómenos de *empobrecimiento absoluto*. Algunos hacen el amor todos los días; otros cinco o seis veces en su vida, o nunca. [...] Es lo que se llama “ley del mercado”. [...] En un sistema económico perfectamente liberal, algunos acumulan considerables fortunas; otros se hunden en el paro y la miseria. En un sistema sexual perfectamente liberal, algunos tienen una vida erótica variada y excitante; otros se ven reducidos a la masturbación y a la soledad. El liberalismo económico es la ampliación del campo de batalla, su extensión a todas las edades de la vida y a todas las clases de la sociedad.¹⁶

Podemos decir que este pasaje de *Ampliación* es la tesis fundamental que el autor plantea y desarrolla en casi todos sus escritos: la continua degradación del ser humano como síntoma de la era narcisista. El plano sexual funciona en Houellebecq como el aspecto más visible, más polémico y más fácil de utilizar como sinécdoque de un sistema mucho mayor de debilitamiento de las relaciones humanas y de la sociedad occidental en su conjunto, la cual apesta a “egoísmo masoquismo y muerte”, y que ha creado “un sistema en el cual ya

¹⁵ Houellebecq, Michel. *Ampliación del campo de batalla*. Barcelona, Anagrama, 1999, p.21.

¹⁶ Houellebecq. Op. Cit., p. 112. Resaltado en el original.

no es posible vivir”¹⁷, según expresa Michel, el protagonista de la tercera novela del autor, *Plataforma*. Así, en tales condiciones, el amor no puede manifestarse:

Desde el punto de vista amoroso Véronique pertenecía, como todos nosotros, a una *generación sacrificada*. Había sido, desde luego, capaz de amar; le habría gustado seguir siéndolo, se lo concedo; pero ya no era posible. Fenómeno raro, artificial y tardío, el amor solo puede nacer en condiciones mentales especiales, que pocas veces se reúnen, y que son de todo punto opuestas a la libertad de costumbres que caracteriza a la época moderna. Véronique había conocido demasiadas discotecas y demasiados amantes; semejante modo de vida empobrece al ser humano, infrigiéndole daños a veces graves y siempre irreversibles. El amor como inocencia y como capacidad de ilusión, como aptitud para resumir el conjunto del otro sexo en un solo ser amado, rara vez resiste un año de vagabundeo sexual, y nunca dos. En realidad, las sucesivas experiencias acumuladas en el curso de la adolescencia minan y destruyen con toda rapidez cualquier posibilidad de proyección de orden sentimental y novelesca; poco a poco, y de hecho bastante deprisa, se vuelve uno tan capaz de amar como una fregona vieja. Y desde ese momento uno lleva, claro, una vida de fregona; al envejecer se vuelve menos seductor, y por lo tanto amargado. Uno envidia a los jóvenes, y por tanto los odia. Este odio, condenado a ser inconfesable, se envenena y se vuelve cada vez más ardiente; luego se mitiga y se extingue, como se extingue todo. Y solo quedan la amargura y el asco, la enfermedad y esperar la muerte.¹⁸

El daño que con el paso del tiempo produce el vacío amoroso en las personas es producto del modo consumista en que ha caído el plano sentimental: ya no se busca el ideal de amor sino el éxito en la conquista del cuerpo del otro. Esta tendencia, según la analiza el narrador de *Las partículas*, es impulsada por la estimulación constante del deseo:

[...] el sexo, una vez disociado de la procreación, subsiste no ya como principio de placer, sino como principio de diferenciación narcisista [...] En sí, el deseo, al contrario que el placer, es fuente de sufrimiento, odio e infelicidad. [...] la sociedad erótico-publicitaria en que vivimos se empeña en organizar el deseo, en aumentar el deseo en proporciones inauditas, mientras mantiene la satisfacción en el ámbito de lo privado. Para que la sociedad funcione, para que continúe la competencia, el deseo tiene que crecer, extenderse y devorar la vida de los hombres. (1998: 161-162)

Al encontrarnos en un escenario capitalista, por otra parte, el deseo sexual no sólo es satisfecho por algunos, sino que sólo lo pueden hacer por un período de tiempo determinado, correspondiente a la adolescencia y la juventud, es decir, cuando el cuerpo aún es digno de ser puesto en oferta. Pasado este período, el ser humano se zambulle en una lucha por el placer que lo lleva a la depresión, la carencia permanente y el descontento consigo mismo. Esto es lo que experimenta, por ejemplo, Bruno en *Las partículas*: “¿Qué

¹⁷ Houellebecq, Michel. *Plataforma*. Barcelona, Anagrama, 2002, p. 315.

¹⁸ Houellebecq, Michel. *Ampliación del campo de batalla*. Barcelona, Anagrama, 1999, p. 127.

había cambiado en realidad desde su propia adolescencia? Tenía los mismos deseos, y era consciente de que lo más probable era que no pudiera satisfacerlos. En un mundo que sólo respeta a la juventud, los seres son devorados poco a poco.”¹⁹ No es casual, entonces, que todos los sujetos con los que trabaja Houellebecq estén dentro de la edad adulta: el héroe de *Ampliación* acaba de cumplir treinta años, y los personajes de *Las partículas* y *Plataforma* no superan los cuarenta y dos, por lo que se encuentran en una etapa donde aún están lejos de la muerte, y sin embargo el tedio que les produce la imposibilidad de relacionarse los lleva al hartazgo de vivir, como le sucede a Michel en *Las partículas*: “La verdad, en su caso, es que estaba completamente harto; sencillamente, no veía el menor motivo para continuar.”²⁰. Un estado muy diferente, por tanto, al que plantea Proust en vísperas del inicio la pasión de Swann por Odette, a una edad ya madura:

Pero a la edad que frisaba Swann, cuando ya se está un tanto desengañado y sabemos contentarnos con estar enamorados por el gusto de estarlo, sin exigir gran reciprocidad, ese acercarse de los corazones, aunque ya no sea como en la primera juventud la meta necesaria del amor, en cambio sigue unido a él por una asociación de ideas tan sólida, que puede llegar a ser origen de amor si se presenta antes que él. Antes soñábamos con poseer el corazón de una mujer que nos enamoraba; más adelante nos basta para enamorarnos con sentir que se es dueño del corazón de una mujer. Y así, a una edad en que parece que buscamos ante todo en el amor un placer subjetivo, en el cual debe entrar en mayor proporción que nada la atracción inspirada por la belleza de una mujer, resulta que puede nacer el amor –el amor más físico- sin tener previamente y como base el deseo. En esa época de la vida, el amor ya nos ha herido muchas veces y no evoluciona él solo con arreglo a sus leyes desconocidas y fatales, por delante de nuestro corazón pasivo y maravillado. Le ayudamos nosotros, le falseamos con la memoria y la sugestión. Al reconocer uno de sus síntomas, nos acordamos de los demás, los volvemos a la vida.²¹

Un “volver a la vida” del amor que, de modo excepcional, encuentra también Daniel en *La posibilidad de una isla*, la cuarta y muy aclamada novela de Houellebecq, donde el protagonista, un cómico exitoso pero decadente y hastiado de sí mismo, se enamora de Esther, una joven y bella actriz de veintidós años:

“[...]siempre había sabido que terminaría encontrando el amor; hablo del amor compartido, el único que vale la pena, el único que puede llevarnos de verdad a un orden de percepción diferente, donde la individualidad se resquebraja, donde las condiciones del mundo se modifican y su continuación se revela legítima. Sin

¹⁹ Houellebecq, Michel. *Las partículas elementales*. Barcelona, Anagrama, 1999, p.112.

²⁰ Op. Cit., p.24

²¹ Proust, Marcel. *En busca del tiempo perdido. Por el camino de Swann*. Barcelona, Aguilar, 2004, p. 145.

embargo, yo no tenía nada de ingenuo; sabía que la mayoría de la gente nace, envejece y muere sin haber conocido el amor.”²²

El amor, en todas las obras de Houellebecq, es lo único que realmente puede motivar a los sujetos, lo único que puede aliviar el tedio en que están sumergidos. El autor, en su ensayo “Sobrevivir”, anota lo siguiente: “Teniendo en cuenta las características de la vida moderna, el amor ya casi no puede manifestarse; pero el ideal del amor no ha disminuido. Al estar fundamentalmente situado, como todo ideal, fuera del tiempo, no puede disminuir ni desaparecer.”²³ De aquí resulta, entonces, la utilización del amor como recurso para crear escenas donde los personajes encuentran la felicidad: el amor aparece como el único remedio posible al vacío, lo que genera una revalorización de este ideal y le da un tono sentimental y romántico a las novelas de Houellebecq: “Para hablar de Belle diré tan solo, sin exageración ni metáfora, que me devolvió la vida. Con ella viví momentos de intensa felicidad. Puede que fuera la primera vez que tenía ocasión de pronunciar esta frase tan sencilla. Viví momentos de intensa felicidad.”²⁴ Sin embargo, ese amor no siempre es correspondido, debido a las características de la sociedad y del tipo de subjetividad que poseen sus integrantes. De hecho, los protagonistas de Houellebecq son anticuados, románticos, más cercanos a Swann o cualquier personaje proustiano que a un sujeto forjado en los tipos y modos de la sociedad posmoderna. Esto los hace contrastar con su tiempo y experimentar sentimientos ajenos a la época en que viven:

Siempre había sentido, por el contrario, la necesidad de apreciar a alguien para poder amarlo, en el fondo nunca me había sentido completamente a gusto en una relación sexual basada en la mera atracción erótica y la indiferencia hacia el otro, para ser sexualmente feliz siempre había necesitado, a falta de amor, un mínimo de simpatía, de aprecio, de comprensión mutua; no, no había renunciado a la humanidad.²⁵

En *La posibilidad*, por ejemplo, el amor como forma de idealización, posesión y sufrimiento, atraviesan toda la obra, tal como ocurre con Swann cuando desea a Odette: “Decíase de Swann que aquel encanto de la primavera que no podía ir a disfrutar le

²² Houellebecq, Michel. *La posibilidad de una isla*. Buenos Aires, Alfaguara, 2005, p. 156.

²³ Houellebecq, Michel. “Sobrevivir”. En: *Poesía*. Barcelona, Anagrama, 2001, p. 12.

²⁴ Houellebecq, Michel. *La posibilidad de una isla*. Buenos Aires, Alfaguara, 2005, p. 155

²⁵ Houellebecq, Michel. *La posibilidad de una isla*. Buenos Aires, Alfaguara, 2005, p. 199.

encontraría, al menos, en la isla de los Cisnes o en Saint-Cloud. Pero como no podía pensar en nada más que Odette, ni siquiera sabía si las hojas olían bien o si hacía luna [...]”²⁶.

Esta vez mi primer gesto, en cuanto bajé del avión, fue conectar el móvil; me sorprendió, por no decir me asustó, la violencia de la decepción que se apoderó de mí cuando vi que no tenía ningún mensaje de Esther. La única manera de sobrevivir cuando estás enamorado es disimularlo ante la mujer a la que amas, fingir en cualquier circunstancia un ligero desapego. [...] el amor te vuelve débil, y el más débil de los dos acaba oprimido, torturado y finalmente muerto a manos del otro, que por su parte oprime, tortura y mata sin intención de hacer daño, sin sentir placer alguno por ello, con una total indiferencia; eso es lo que los hombres, por regla general, llaman amor. Durante los dos primeros días pasé por intensos momentos de vacilación por culpa del teléfono. Paseaba por las habitaciones encendiendo un cigarrillo tras otro, de vez en cuando caminaba hasta el mar, luego regresaba y me daba cuenta de que no había visto el mar, que habría sido incapaz de confirmar, en ese instante, que el mar estaba allí [...]

Los celos, por otro lado, es uno de los síntomas que surgen, en Proust, por el deseo de posesión del otro:

Verdad es que Swann había pensado muchas veces que Odette no era, en ningún modo, una mujer que llamara la atención, y la supremacía suya sobre un ser tan inferior a él no era cosa para sentirse halagado cuando se la pregonaba a la faz de los fieles; pero desde que se fijó en que Odette era para muchos hombres una mujer encantadora, y codiciable el atractivo que para ellos ofrecía su cuerpo, despertó en Swann un deseo doloroso de dominarla enteramente, hasta en las más recónditas partes de su corazón. Y cuando acabó la cena, la llevó aparte, le dio las gracias efusivamente, intentando hacerle comprender, según los grados de la gratitud que le demostraba, la escala de placeres que Odette podía darle, y que el más alto de ellos era garantizarle y hacerle invulnerable, mientras su amor durara, contra las embestidas de los celos.²⁸

A pesar del suplicio interno de Swann, Odette corresponde a su amor, ambos coinciden en su deseo por el otro, y esto es precisamente, la esencia del amor tal como lo concibe Proust. Sin embargo, cuando Swann se entera de que Odette había tenido otros amores, entre ellos con Forcheville, se desenamora, sufre a niveles inhumanos, y renuncia, en parte, a su deseo:

Antaño pensaba con terror en que acaso llegara un día en que ya no estuviera enamorado de Odette, y se prometía estar avizor, para retener su amor y aferrarse a él, en cuanto sintiera que iba a escapársele. Pero ahora, conforme su amor iba debilitándose, se debilitaba simultáneamente su deseo de seguir enamorado. Porque cuando cambiamos y nos convertimos en un ser distinto, no podemos seguir obedeciendo a los sentimientos de nuestro yo anterior. A veces, sentía celos al leer en un periódico el nombre de uno de los hombres que pudieron haber sido amantes de

²⁶ Proust, Marcel. *En busca del tiempo perdido. Por el camino de Swann*. Barcelona, Aguilar, 2004, p.186

²⁷ Houellebecq, Michel. *La posibilidad de una isla*. Buenos Aires, Alfaguara, 2005, p. 169.

²⁸ Proust, Marcel. *En busca del tiempo perdido. Por el camino de Swann*. Barcelona, Aguilar, 2004, p.187

Odette. Pero eran unos celos muy ligeros, y como le probaban que aún no había salido por completo de aquellas tierras donde tanto sufrió [...] le ejercitaban agradablemente.²⁹

Pero en *La posibilidad de una isla*, por su parte, el amor de Daniel, en primer lugar, nunca es correspondido más que en el plano sexual, y en segundo, la falta de amor que vive el personaje produce que cuando por fin lo encuentra, en una especie de radiante excepción, él esté dispuesto a soportar todos los suplicios y controversias hasta el final, en especial la agonía de los celos:

El amor no compartido es una hemorragia. [...] Ella todavía iba con frecuencia a las discotecas, yo lo sabía, y a veces se pasaba la noche entera bailando; pero nunca me pidió que la acompañara. Me la imaginaba contestando a sus amigos cuando la invitaban a salir: ‘No, esta noche, no, estoy con Daniel...’. Ya conocía a la mayoría, muchos eran estudiantes o actores [...] obviamente todos eran jóvenes, ¿cómo iban a ser si no? ¿Cuántos de ellos se habrían sido amantes suyos?, me preguntaba a veces.³⁰

En este contexto, el amor como idealización y deseo de posesión no es solo una tortura inigualable atravesada por “esa angustia que consiste en sentir que el ser amado se halla en un lugar de fiesta donde nosotros no podemos ir a buscarle [...]”³¹, sino también un sentimiento desfasado, imposible de comprender para la sociedad en que vive Daniel:

Para Esther, como para todas las chicas de su generación, la sexualidad no era más que un divertimento placentero, guiado por la seducción y el erotismo, que no conllevaba ninguna implicancia sentimental especial; seguramente el amor, igual que la piedad según Nietzsche, nunca había sido otra cosa que una ficción inventada por los débiles para culpabilizar a los fuertes, para imponer límites a su libertad y su ferocidad natural. [...] El proyecto milenarista masculino, perfectamente expresado en nuestra época por las películas pornográficas, consistente en despojar la sexualidad de toda connotación afectiva para devolverla al campo de la pura diversión, había conseguido realizarse por fin en esta generación. Lo que yo sentía, esos jóvenes no podían ni sentirlo ni comprenderlo exactamente, y si hubieran podido habrían experimentado una especie de incomodidad, como ante algo ridículo y un tanto vergonzoso, como ante un estigma de tiempos más antiguos. Tras décadas de condicionamiento y de esfuerzos, por fin habían conseguido extirpar de su corazón uno de los sentimientos humanos más antiguos, y ya estaba hecho, lo que se había destruido no se podría reconstruir, igual que los añicos de una taza rota no podrían re ensamblarse por sí solos; habían alcanzado su objetivo: no conocerían el amor en ningún momento de su vida. Eran libres.³²

²⁹ Proust, Marcel. *En busca del tiempo perdido. Por el camino de Swann*. Barcelona, Aguilar, 2004, p. 245

³⁰ Houellebecq, Michel. *La posibilidad de una isla*. Buenos Aires, Alfaguara, 2005, p. 284

³¹ Proust, Marcel. *En busca del tiempo perdido. Por el camino de Swann*. Barcelona, Aguilar, 2004, p. 49

³² Houellebecq, Michel. *La posibilidad de una isla*. Buenos Aires, Alfaguara, 2005, p. 307

En tales condiciones, el deseo, la idealización, los celos y el sufrimiento, son temas del pasado: el amor en la posmodernidad ha muerto.

En cuanto al *amor*, ya no había que contar con él: yo era sin duda uno de los últimos hombres de mi generación que se quería a sí mismo lo bastante poco como para ser capaz de amar a otra persona, aunque solo fuera así en raras ocasiones, exactamente dos veces en mi vida. No había amor en la libertad individual, en la independencia, era pura y simplemente mentira, y una de las más burdas que se puedan imaginar: sólo hay amor en el deseo de aniquilación, de fusión, de desaparición individual, en una especie, como se decía antaño, de *sentimiento oceánico*, en algo que de todas maneras, al menos en un futuro próximo, estaba condenado.³³(Posibilidad, 381)

Para Houellebecq, la muerte del amor en la sociedad contemporánea no sólo es el resultado del proceso de individualización, la cúspide del programa capitalista, y la principal consecuencia de la liberación sexual, que ha debilitado el ideal del amor y de la familia que eran, para el narrador, “(...) el último islote de comunismo primitivo en el seno de la sociedad liberal.”³⁴ Sino que también es la muerte misma del sujeto: “Perder el amor es también perderse a uno mismo. La personalidad se esfuma. No nos quedan ni las ganas, no contemplamos ya siquiera lo de tener una personalidad. Ya no somos, en sentido estricto, más que sufrimiento.”³⁵ Para el sujeto houellebecquiano, romántico, encabalgado entre la nostalgia moderna y el desenfreno posmoderno, sólo le queda el sufrimiento: idea heredada de Schopenhauer sobre la cual teoriza el propio autor en “Sobrevivir”: “El mundo es un sufrimiento desplegado. (...) Si el mundo se compone de sufrimiento es por ser, en esencia, libre. El sufrimiento es la consecuencia necesaria del libre engranaje de las partes del sistema.”³⁶ Al ser el ingrediente vital, según Houellebecq, del cual se compone la vida, el sufrimiento es un tópico que atraviesa toda su obra: es mediante la desazón que viven sus personajes que se retrata el vacío posmoderno. En sus novelas, los breves momentos de felicidad que brinda el amor son destruidos, fracasan al poco tiempo por ser el único valor universal al cual aún es posible aferrarse, como una alusión a la catástrofe a la que se dirige el mundo moderno: en determinado momento, solo queda el horizonte nebuloso y opalino

³³ Houellebecq, Michel. *La posibilidad de una isla*. Buenos Aires, Alfaguara, 2005, p. 381

³⁴ Houellebecq, Michel. *Las partículas elementales*. Barcelona, Anagrama, 1999, p.116.

³⁵ Houellebecq, Michel. *Configuración de la última orilla*. Barcelona, Anagrama, 2016, p.22

³⁶ Houellebecq, Michel. “Sobrevivir”. En: *Poesía*. Barcelona, Anagrama, 2001, p.11

de la muerte: “A falta de amor, no se puede santificar nada. Bajo los párpados se fusionan las manchas luminosas; hay visiones y hay sueños. Pero eso ya no concierne al hombre, que espera la noche; y la noche cae.”³⁷ Este factor trágico en los personajes es lo que los dota de una frialdad e indiferencia ante los acontecimientos de su vida, un sufrimiento existencial inherente a la condición humana que parece ser lo único sólido que les puede ofrecer su tiempo. ¿Qué queda, entonces, para el sujeto posmoderno? ¿Qué sentido puede encontrar para su existencia cuando ya no se puede escapar al hastío? La respuesta es la misma que nos brinda Proust un siglo atrás: el arte.

La experiencia amorosa no sólo aporta una materia con la que el artista construye la obra; el amor, de manera análoga a la obra de arte, desrealiza el mundo cotidiano, finito, limitado por la tarea del hábito. La experiencia amorosa es la experiencia de la nada y también por ello conduce a su contracara, el punto de vista donde la vida encuentra su verdad, estos es, al arte.³⁸

Si en Proust el amor se expurga mediante el arte, en Houellebecq el arte es un refugio, el único ideal posible a donde escapar. El sufrimiento ya no es solo por amor, sino por la vida misma, donde ya no hay ningún tipo de vínculo posible entre los seres más que la competencia narcisista y la codicia. En consecuencia, los personajes de Houellebecq se refugian en sí mismos, es decir, escriben: el héroe de *Ampliación* redacta fábulas de animales irónicas y corrosivas; Bruno, en *Las partículas*, empieza a escribir luego de su fracaso amoroso con Christiane; Daniel, en *La posibilidad de una isla*, se refugia en la poesía, impulsada estrictamente por el desencanto de vivir y la experiencia tediosa pero necesaria de amar:

No hay amor/ (no de verdad, no lo bastante)/ vivimos sin socorro,/ morimos desamparados./ El llamamiento a la piedad/resuena en el vacío,/ tenemos los cuerpos tullidos/ y nuestras carnes siguen hambrientas./ Desvanecidas las promesas/ de un cuerpo adolescente/ pasamos a una media luz/ donde nada nos aguarda./ Más que el vano recuerdo/ de nuestros días pasados,/ un sobresalto de odio/ y cruda desesperación.³⁹

Amor, sufrimiento, deseo, soledad, vacío y muerte: ejes fundamentales para el arte independientemente de cualquier clima de época, ya que, tal como en Proust, “desde la reconstrucción artística de la vida, el amor adquiere una capacidad formativa de artista.

³⁷ Houellebecq, Michel. *Plataforma*. Barcelona, Anagrama, 2002, p. 101

³⁸ Melamed, Analía. “Recorridos del amor en Marcel Proust”. En: Julio Moran (comp.) *Proust más allá de Proust*. Buenos Aires, De la Campana, 2001, p. 25

³⁹ Houellebecq, Michel. *La posibilidad de una isla*. Buenos Aires, Alfaguara, 2005, p. 358

Pero la vida también tiene que haber sido vivida, aun sin conciencia artística o con una conciencia artística en desarrollo, para poder ser reconstruida.”⁴⁰ Así, poco antes de suicidarse, Daniel dedica un último poema a Esther, donde resume el sentir desolado de toda una época, y la profunda nostalgia que produce el haber conocido el amor:

Mi vida, vida mía, mi antiquísima vida,/ mi primer deseo mal curado,/ mi primer amor disminuido,/ Has tenido que volver./ He tenido que conocer,/ lo mejor que hay en la vida,/ Dos cuerpos que disfrutaban de su felicidad/ uniéndose y renaciendo sin fin./ En completa dependencia/ Comparto el temblor del ser,/ La vacilación de desaparecer,/ el sol que azota el lindero./ Y el amor, en el que todo es fácil,/ donde todo se da al instante:/ Existe en mitad del tiempo/ La posibilidad de una isla. ⁴¹

Así, hemos demostrado a lo largo de este trabajo cómo el arte y la literatura aún continúan albergando los distintos ideales que caracterizan cada tiempo histórico, e indagando en las causas sociales, individuales y metafísicas que impulsan dichos ideales. En lo que respecta al amor, hemos comparado dos perspectivas no opuestas, sino diferentes de tratar el amor según su concepción de época. En Proust se percibe un intento de teorizar sobre una concepción universal del amor, debido a que “el mecanismo del amor para Proust no varía sensiblemente de un individuo a otro aunque modifiquemos las inclinaciones sexuales, la condición social, la nación o la época en que le toca vivir”⁴². De este modo, Proust concibe el amor como un estado que es inherente a la condición humana y que nos proyecta hacia una visión idealizada del mundo, plagada de sensaciones metafísicas, pero en una época donde este estado, sus características y consecuencias, se difundía de un modo generalizado entre la población. Houellebecq, por su parte, demuestra el estado de estos ideales en la posmodernidad, donde los cambios sociales y culturales han configurado otra noción del amor, lejana del deseo, la posesión o el sufrimiento por el afán de ser correspondidos por el otro. Sin embargo, los principios proustianos viven en sus personajes, que no soportan las nuevas formas de relacionarse entre los seres, y por eso sufren considerablemente, atravesados por el pesimismo, la melancolía y la nostalgia de los valores que han sido perdidos o, peor, olvidados, todo lo cual permite crear una perspectiva abyecta y apocalíptica sobre nuestro tiempo, pero sin descuidar jamás su costado estético.

⁴⁰ Moran, Julio. “Separaciones y uniones en Marcel Proust: el artista, el amante, el hombre”. En: Julio Moran (comp.) *Proust más allá de Proust*. Buenos Aires, De la Campana, 2001, p. 18

⁴¹ Houellebecq, Michel. *La posibilidad de una isla*. Buenos Aires, Alfaguara, 2005, p. 391

⁴² Melamed, Analía. “Los amores perversos y la metamorfosis del arte”. En: Julio Moran (comp.) *Proust más allá de Proust*. Buenos Aires, De la Campana, 2001, p. 38.

BIBLIOGRAFÍA:

Bauman, Zygmunt. *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Buenos Aires, Fondo de cultura económica, 2015

Houellebecq, Michel. *Ampliación del campo de batalla*. Barcelona, Anagrama, 1999

Houellebecq, Michel. *Configuración de la última orilla*. Barcelona, Anagrama, 2016

Houellebecq, Michel. *El mundo como supermercado*. Buenos Aires, Anagrama, 2011

Houellebecq, Michel. *Las partículas elementales*. Barcelona, Anagrama, 1999

Houellebecq, Michel. *La posibilidad de una isla*. Buenos Aires, Alfaguara, 2005

Houellebecq, Michel. *Plataforma*. Barcelona, Anagrama, 2002

Houellebecq, Michel. *Poesía*. Barcelona, Anagrama, 2001

Julio Moran (comp.) *Proust más allá de Proust*. Buenos Aires, De la Campana, 2001

Lipovetsky, Gilles. *La era del vacío*. Barcelona, Anagrama, 1986

Pascal, Blaise. *Pensamientos*. Buenos Aires, Orbis, 1984

Proust, Marcel. *En busca del tiempo perdido. Por el camino de Swann*. Barcelona, Aguilar, 2004

Proust, M. *En busca del tiempo perdido. La prisionera*. Madrid, Alianza